rar que en diez días que en aquel alojamiento estuvieron los castellanos, los más de ellos proveían los indios de pan, gallinas y cerezas, sólo para considerar la orden del ejército y su asiento, si vían enterrar muertos o curar heridos y si estaban con más o menos fuerzas y qué semblante tenían; pero esta intención no la echaron de ver luego los castellanos, antes alababan a los indios, porque peleaban con solas las armas; porque si la comida les quitaran les hicieran gran daño, siempre que llevaban la comida decían que eran los bárbaros otomíes y no tlaxcaltecas los que peleaban. En una de estas batallas un indio tlaxcalteca, galán y bien armado, peleaba tan valerosamente con dos castellanos que les daban en qué entender, hasta que Lárez el herrador diciendo, vergüenza castellanos, cerró con el indio y aunque con fiereza le aguardó con su espada y rodela, le dio una lanzada por el pecho que le mató. Con todo eso era tan grande la valentía de los tlaxcaltecas y sin número su multitud que todos juzgaron que era el divino favor el que los ayudaba y no valor humano.

CAPÍTULO XXXIII. *Que los de Tlaxcalla envían a espiar el ejército de Cortés; y que salió a la campaña y dio sobre los de Tzimpantzinco y castigó ciertas espías; y se vuelve Xicotencatl a Tlaxcalla*

O HABÍA DE LA TORRE Y alojamiento castellano a la ciudad de Tlaxcalla más de seis leguas, y cada día sabía la señoría lo que pasaba; y porque todo su deseo de los tlaxcaltecas era vengarse de los castellanos viendo el poco remedio que con la fuerza tenían. Volvieron el ánimo a la industria y para más asegurar los castellanos y darles muestras de paz, enviaron algunos principales con un presente de oro y pluma (que para Tlaxcalla, adonde de todo esto había falta, era mucho). Hicieron gran acatamiento a Fernando Cortés y el más anciano le dijo que la señoría le besaba las manos y enviaba aquel pobre presente y que no era mayor por falta de voluntad sino por la pobreza de su tierra y que si otra cosa mandaba le servirán de buen corazón. Creyendo Cortés que aquella embajada era verdadera, muy alegre, les dijo que aunque estimaba en mucho el presente tenía en más su voluntad, y que nada más deseaba que tenerlos por amigos. Dioles algunas cosillas de Castilla que tuvieron en mucho. Enviaron los tlaxcaltecas otro día cincuenta indios que en su manera parecían honrados; llevaron mucha comida, preguntaban cómo estaba la gente y qué pensaban hacer. Dijo Cortés que todos estaban buenos y les agradeció el presente. Y como hombres que tenían familiaridad andaban por el cuartel mirando su asiento, considerando las armas, el traje y lo demás con los caballos, fingiendo espantarse de todo (aunque a la verdad la extrañeza y novedad de las cosas pedía admiración en ellos); y mirando en ellos teutl de Cempoalla, dijo a Fernando Cortés que entendía que aquellos hombres

eran espías, y que le parecía que hablaban recatadamente con los indios de Iztacruchtitlan. Mandó luego Fernando Cortés que se echase mano del primero que sin escándalo se pudiese tomar, y por las lenguas le preguntó de su venida y otras cosas, y con amenazas le confesó que todos ellos habían ido a considerar las entradas del cuartel y ver por dónde podrían quemar las barracas, para lo cual habían acordado de ir con gran ejército de noche, pareciendo que con la escuridad eran menos de temer los tiros y los caballos y las armas castellanas. Y habiéndose otros conformado con esta relación, a vista de todo el ejército, mandó cortar las manos a siete de ellos y a algunos los dedos pulgares (muy contra su voluntad), pareciendo que para lo de adelante así convenía, y los envió para que dijesen a Xicotencatl, su capitán, que lo mismo haría de cuantas espías pudiese haber; y que fuese con su ejército, porque siempre conocería que los castellanos eran invencibles de día y de noche.

Gran temor pusieron estos indios, cortadas las manos, a la gente de Xicotencatl; creyendo que los castellanos tenían algún espíritu que les decía sus pensamientos, no se atrevieron a enviar más espías, ni más vituallas. Fernando Cortés entendida la determinación de los indios, reforzó las trincheas y fortaleció todo lo demás, como convenía, estando muy sobre aviso hasta que se puso el sol y reconoció, ya que anochecía, que bajaba la gente de el ejército enemigo para ejecutar lo que había determinado. Y juzgando Fernando Cortés que era más sano consejo no dejarlos acercar al cuartel por el daño que el fuego le haría (si por caso lo pudiesen encender), les salió al encuentro con mucha determinación, considerando que la novedad de el caso espantaría más a los enemigos que pensaban que su designo estaba secreto. Mandó echar pretales de cascabeles a los caballos para que pareciesen más con el ruido y cada uno oyese adonde andaba el compañero y procurasen de herir con las lanzas pasándolas por el rostro a los enemigos, porque valientemente echaban mano de ellas y se las arrancaban de las manos; y diciendo a los soldados que con la virtud habían de vencer aquella multitud, acometió a tiempo que las espías, cortadas sus manos, estaban refiriendo lo que les había acontecido, cosa que al general y a los que lo entendieron causó gran turbación; pero fue mayor la que recibieron viéndose tan impensadamente sobresaltados y embestidos, y así no paró hombre con hombre, sino que sin resistencia, desbaratados, huyeron por aquellas sementeras de maizales que había muchas en aquella campaña; y aunque se hizo gran mortandad brevemente recogió Fernando Cortés su gente con cuidado, porque con el gusto de la victoria no se metiesen en parte de donde no pudiese salir o recibiesen algún daño; y fue cosa notable con cuánta humildad y devoción volvían todos alabando a Dios, que tan milagrosas victorias les daba en tierras no sabidas por ellos y tan pobladas; de donde se conocía claro que los favorecía con su divina asistencia de que estaban muy contentos, aunque fatigados de los trabajos y de las heridas, porque faltando el aceite para curarlas, muchos no tuvieron otra medicina sino unto de algún indio muerto que apenas podían haber, porque (como arriba se dijo) retiraban con diligencia los muertos.

El día siguiente viendo Fernando Cortés la gente alegre dijo, que pues hasta entonces Dios tan notoriamente les había ayudado, sería muy gran culpa de todos si no continuasen en llevar adelante lo comenzado con doblado ánimo, y que para ello convenía apretar mucho a los tlaxcaltecas para que después los tuviesen por mayores amigos, pues nada les sería más provechoso, de cuanto en Nueva España les podría acontecer, que estar confederados con esta república, lo cual se había de conseguir llevando adelante las victorias que contra ellos habían tenido. Todos los capitanes y más principales soldados se remitieron a su voluntad, ofreciendo de seguirle adonde los llevase. Xicotencatl, muy corrido de los ruines sucesos que con los castellanos había tenido, se recogió a Tlaxcalla. Maxixcatzin y los demás señores le dijeron, que fuera mejor haber tomado el consejo primero y excusar la muerte de tantos que habían perecido a manos de aquellos valientes hombres, cuyo Dios los favorecía; de manera que no tenía para qué porfiar más, para perder siempre de la reputación de aquella república. Fernando Cortés viendo que no parecían enemigos en la campaña se subió sobre la torre de el templo adonde tenía el alojamiento y descubrió muchas poblazones y particularmente hacia unas sierras cantidad de humos; y bajando de la torre, dijo a los capitanes que le parecía que aquélla debía de ser gran poblazón y que pues los enemigos no parecían, era bien no perder tiempo sino ejecutar lo acordado. Y en llegando la noche habiendo bien demarcado la tierra que había reconocido con la mitad de la infantería y los caballos, determinó de probar la fortuna y se metió por un gran camino que según su demarcación juzgó que iba a dar a los humos que había visto; y aunque era cosa temerosa la mucha escuridad de la noche, el poco uso que tenían de andar en aquella hora, el ir por tierra no conocida y el no saber adónde darían con los enemigos, animosamente caminaban y apenas habiendo andado una legua cayó un caballo. Mandó Fernando Cortés que se volviese al cuartel; cayeron luego otros dos, uno tras otro, y luego hasta cinco. Dijeron los soldados a Fernando Cortés que por amor de Dios que se volviesen y hiciesen sus cosas de día, porque aquél les parecía mal pronóstico. Respondió con ánimo fortísimo y con señalado valor que por amor de Dios, cuya causa trataban, que no mirasen en agüeros y que prosiguiesen su camino, pues él era el primero, y los caballos se volviesen adonde habían salido, porque su ánimo le decía que aquella noche habían de hacer la mayor suerte que jamás habían hecho. Y diciendo esto se le cayó el caballo de que quedó espantado; y diciendo todos que era tentar a Dios, y algunos que daría con todo al través, con ánimo generoso y severo, les dijo que supiesen que los grandes negocios no se hacían sin dificultades y que se probase a caminar a pie con los caballos de rienda, para ver en qué paraba aquel extraño accidente; y habiendo caminado buen rato de esta manera los caballos estuvieron buenos sin que jamás se hubiese podido entender de dónde procedió aquel mal; y aunque sospecharon algunos que de alguna hechicería de los indios en que eran tan usados, pero no era sino que el frío de la noche los resfrió y dio aquel mal de torozón.

Caminando pues hasta perder el tino de las sierras, dieron en unos pe-

dregales de donde con dificultad salieron, y viendo una lumbre se fueron a ella; hallaron en una casa dos hombres y dos mujeres que los guiaron hacia las sierras, adonde Cortés descubrió los humos; y antes de amanecer dieron en unos lugarejos adonde fue mayor el espanto que el daño que hicieron, y llevando ya lengua, que allí cerca estaba Tzimpantzinco, lugar grande, dieron de presto en él, causando extraña alteración por el sobresalto. En el principio se hizo algún daño; pero viendo la gente amedrentada, unos en carnes huyendo, las mujeres gritando y los menos con armas, todos como de acaecimiento no pensado, turbados y espantados, huyendo sin aguardar el padre al hijo, ni el hermano al hermano, desampararon el pueblo. Fernando Cortés no viendo resistencia mandó que no se matase a nadie ni se tomase nada, y con señas y por la mejor manera que pudieron se sosegó el rumor y a la gente de el lugar se aseguró. Subió Cortés a un alto y descubrió tanta poblazón que le puso espanto, preguntó, qué era. Dijéronle que la gran ciudad de Tlaxcalla con sus aldeas, Llamó a toda su gente y dijo, que hubiera aprovechado matar la gente de Tzimpantzinco, pues había tanta allí y volviéndose a Alonso de Grado, que era alcalde mayor le dijo: que atento la muchedumbre de gente que descubrían, qué le parecía que hiciesen. Respondió, que retirándose a la mar, escribiesen a Diego Velázquez que enviase socorro, porque si les sobrevenía algún inconveniente (como sería enfermedad) no había duda sino que serían todos comidos de los indios. Mucho sintió Fernando Cortés esta respuesta, especialmente tocando en Diego Velázquez; pero díjole que advirtiese que en tratando de retirada las piedras les habían de ser contrarias y que si su muerte era cierta mejor era acabar llevando su intento adelante que huyendo.

CAPÍTULO XXXIV. *Que los de Tzimpantzinco se ofrecieron de hacer amistad entre Cortés y los de Tlaxcalla; y el razonamiento que hizo a los soldados por el alboroto que entre sí había, y pechos alterados con que andaban*

RECOGIÓSE FERNANDO CORTÉS a una fuente que estaba fuera del pueblo, adonde visto que no se hacía daño ninguno salieron los principales con mucha gente desarmada, llevando cantidad de comida; agradecieron a Cortés el no les haber hecho mal que pudiera. Pidieron que no se permitiese que se les hiciese alguno, ofrecieron de obedecerle y interceder con los señores de Tlaxcalla que se hiciese amistad entre ellos. Regalólos mucho, ofrecióles buena amistad como ellos se la guardasen y se volvió al alojamiento, alegre y confiado de buenos sucesos, diciendo a los soldados que no dijesen mal del día hasta que fuese pasado y que esperaba que la guerra de Tlaxcalla era acabada como verían; y que si así era Dios les tenía guardada mucha felicidad. Estaban los del ejército muy tristes, temiendo por el mal de los caballos algún desastre, que por muchas razones